

El visitante  
Copyright ©2002 Jesús Quintanilla

No part of this publication may be reproduced in any form or by any means, electronic  
or  
mechanical, including photocopy, recording or any information storage and retrieval  
system  
now known or to be invented, without permission in writing from the publisher, except  
by a  
reviewer who wishes to quote brief passages in connection with a review written for  
inclusion in a magazine, newspaper, or broadcast. Contact

Proyecto Editorial WindWisper,  
PO Box 470  
Fajardo, PR 00738

Derechos reservados ©2002 Jesús Quintanilla  
Se prohíbe reproducir, almacenar o transmitir cualquier parte de este libro en manera  
alguna  
ni por ningún medio sin previo permiso escrito, excepto en el caso de citas cortas para  
críticas. Para recibir más información, dirijase a:

Proyecto Editorial WindWisper,  
PO Box 470  
Fajardo, PR 00738.

Esa fría mañana de otoño, Dorty despertó como siempre con la sensación de soledad aplastándole.

Era el octavo año desde su abandono, y se sentía más sola cada día, como si con la desaparición de Martel, su único hijo, se hubiera acabado la vida.

El silencio dibujaba espacios en toda su mansión, con tantos cuartos y tan pocos habitantes en ella, que parecía demasiado espacio sin ocupar. Sus sirvientes, dos señoras de edad y un viejo jardinero, constituían su única familia en este mundo. Acaso la vieja Nardy, su bisnieta política, casi tan grande como ella misma, con su natural desenfado y su rolliza figura, le servía de visita de vez en cuando, pero no le aliviaba un instante la sensación de abandono y soledad cual losa pesada sobre sus sentimientos. A lo largo de los años intentó cubrirse con una capa de insensibilidad para olvidar un poco su desesperante condición, ocupándose en toda suerte de actividades nimias que, si bien le prodigaban una distracción para las horas muertas, no relajaban la presión de sus ateridos sentimientos.

Así que ese amanecer, ante una humeante taza de té y un par de cuadritos de azúcar en espera de ser disueltos, sentía el peso de los años encima. Cada día se apagaba más su fe en un Ser Superior e intentaba, inútilmente, renovarla con la admiración de los pequeños detalles. Nada le devolvería a su hermoso hijo, a la sencillez de su mirada ... el mundo estaba confabulado para impedirle la felicidad.

Por eso, al discreto llamado de Rena, la vieja ama de llaves, apenas respondió con un pesado “ADELANTE”, sabiendo que incomodaba a la pobre señora, con tan fuerte tono, innecesario.

“¿Sucede algo, Rena?”

“Señora, no he querido molestarla ...”

”Pero ya lo has hecho”

“Disculpe mi intromisión, pero ...”

“¡Déjate de disculpas, carambas, y suéltalo ya!”

“Es que le busca un jovencito”

La endurecida mirada se despejó por un brevísimo instante, lo cual no pasó desapercibido para su sirvienta.

“¿Qué demonios quiere a estas horas?”, preguntó bruscamente.

“Dice ... ay, no sé como decirlo”

“No me impacientes y di las cosas como son”

“Es que resulta improbable”

“¿Improbable?”

“A menos que sea un milagro”

“No te entiendo nada, Rena”, aunque si le entendía.

“Dice que conoce a su hijo, Martel, y le trae un recado  
suyo”

¿Sería posible, después de ocho años?

Lo meditó un segundo.

“Dile que no estoy para bromas, y que se largue ...  
bastante han lucrado con el dolor ajeno”

Y lo dijo en referencia al episodio de un par de años atrás,  
cuando unos jovencitos, por gastarle una bromita, prepararon a  
un actor profesional para representar a su retoño desaparecido.

“El dice traer una prueba concluyente ... no me la ha  
querido decir, pero asegura tener la respuesta para sus dudas”

“Dile que te la de”

“No se puede ... dice que sólo es para usted”